imitar; estender por todo ese Nuevo Mundo, destinado sin duda á realizar grandes cosas y á mejorar quizá la suerte del antiguo, el prestigio y la veneracion de aquella raza; y alentar, sobre todo, el espíritu decaido de la decrépita Europa para que ésta recobrase aquel renombre y aquella influencia de que en mejores tiempos disfrutaba en el Nuevo Continente, no hay duda que todo esto era un proyecto atrevido, merecedor del aplauso que se tributa á las grandes concepciones.

¿Mas era posible llevar á cabo el pensamiento del monarca de Occidente? La política de un rey que no se estiende sino á contentar las masas con un pedazo de pan, y á tener sumiso y esclavizado con hipócritas lisonjas y deslumbrantes condecoraciones á un ejército de medio millon de hombres; que en cambio amordaza la prensa, y ahoga la tribuna, y prescinde por completo del derecho público, ¿podrá, decimos, implantarse en América, allí donde al pueblo se le enseña antes que todo á conocer sus derechos; al ejército á que tenga abnegacion y á que defienda la libertad é independencia de su patria, por la libertad é independencia mismas; á la prensa y á la tribuna á que escriban y discutan con completa libertad; allí finalmente, donde el fausto y opulencia del primer jefe del Estado, no se diferencian apénas del modesto vivir del último ciudadano? Ciertamente que era esto de todo punto imposible, pues valia tanto como obligar á la humanidad á que retrocediese en su marcha lenta y progresiva, ó lo que es lo mismo, á que dejáran una vez de cumplirse las eternas leyes que rijen el mundo.

Hé aquí el error lamentable de Napoleon III, cuyas consecuencias devora hoy en silencio, allá en la soledad de su intranquila conciencia; y hé aquí tambien el dedo de Dios, castigando al que intenta contrariar sus leyes, señalando á la vez la senda por donde debe dirijir siempre sus pasos la humanidad.

V.

Los resultados de esta desastrosa política, tan pronto como empezó á iniciarse en el Nuevo Mundo, todos los sabemos. Las armas francesas encontraron en Méjico, como encontraron en España á principios del presente siglo, una resistencia tenaz é invencible, una situacion de todo punto insostenible para el desgraciado príncipe en quien fijó en mal hora su mirada Napoleon III, y una oposicion formidable y amenazadora por parte de los Estados-Unidos. Hasta aquellas soñadas riquezas que el Gobierno francés creia encontrar en Méjico, y con las cuales pensaba tal vez llenar las arcas de su Tesoro, vióse luego que eran imaginarias, y que sólo podrian con el tiempo llegar á ser positivas, pero á fuerza de sangre, de millones y de todo género de sacrificios.

El suelo mejicano es, en efecto, fértil y opulento por sus minas de plata y oro; pero la esplotacion, en cambio, de estos minerales, está erizada de grandes dificultades. Para estraer la plata y el oro se necesita del fuego ó del mercurio, y era preciso para la copelacion, que España enviase sus azogues de Almaden, lo cual constituia unas relaciones casi providenciales entre ambos pueblos. El clima es además insufrible, ó nocivo por lo ménos, á los europeos que se consagran á esa clase de trabajos; el suelo, insalubre y pestilencial; el carácter y costumbres de los indios, opuestos diametralmente al de los europeos. Y para que nada faltase á ese castillo formado en el aire por el Gobierno del vecino imperio, la propiedad, y esto compréndese bien hasta qué punto es importante para apreciar la riqueza de un país, estaba distribuida con tal desproporcion, que puede decirse residia toda entera en el clero y algunos otros capitalistas; todo lo cual esplica satisfactoriamente cómo el territorio de Méjico no ha producido jamás lo necesario para el consumo de sus habitantes.

Nada de esto, pues, tuvo presente Napoleon III al decidirse á establecer en Méjico un nuevo trono; pero todavía olvidó más: el que estuviese dirijiendo los destinos de aquel país, un hombre de la conducta y del carácter de Juarez. Sin una mancha indeleble en su nombre, y dotado de esa energía que tanto distingue á la pura raza india, el presidente de la República mejicana era el que más habia contribuido á mejorar el estado lamentable de su pátria.

Emancipada ésta de la metrópoli durante las guerras de nuestra Independencia, Juarez

venia á poner término á las contínuas revoluciones que agitaban á Méjico desde principios del siglo, y á realizar una obra para la cual la Europa habia necesitado más de tres siglos; y cuya importancia se conocerá desde luego, considerando que Méjico al separarse de España era, como ha dicho un gran escritor francés, la imágen viva de esta nacion bajo el reinado de Felipe II.

Protestando, pues, el presidente Juarez, de una manera firme y resuelta, contra el pensamiento que la espedicion francesa llevaba á las aguas mejicanas, se retiró indignado, pero resuelto siempre á castigar el atrevimiento de las potencias aliadas, á los confines de la República, y allí permaneció sin descuidar un solo instante la defensa de la integridad de su territorio y los derechos de su autoridad.

Los esfuerzos y sacrificios de que Méjico es deudor á su digno y enérgico presidente, tendremos ocasion de darlos á conocer en la narracion de los acontecimientos por que ha pasado aquel pueblo, como igualmente la actitud de los pueblos latinos de América, al comprender, no el fin que Napoleon se propusiera, sino los medios que empleaba para llevar á cabo su pensamiento. Estos pueblos, en efecto, rechazaron instintivamente la intervencion, porque en ella vieron mezclarse á la Europa con mano armada en los asuntos de América, ante cuyo hecho, todos ofrecieron sus recursos á Juarez, verdadero y digno representante no sólo de la independencia de Méjico, sino de la independencia y libertad del resto del Continente americano.

A pesar de todo, Napoleon III siguió firme en su propósito de imponer la monarquía en Méjico, creyendo sin duda que el gran pueblo americano, que el tipo ideal que arrastrára tras sí, no sólo el resto de América, sino quizá tambien á Europa, permaneceria indiferente á la suerte de sus hermanos del Nuevo Mundo. Los Estados-Unidos, en efecto, que habian estado por algun tiempo en una actitud espectante y recelosa, dieron á entender al Gobierno del emperador, en cuanto vislumbraron cuáles pudieran ser sus intenciones respecto al país mejicano, que no permitirian nunca que la Francia ni ninguna otra nacion fuera á imponerse con intenciones harto simuladas, á cualquier pueblo de América; y Mr. Seward puso á Napoleon III en la alternativa, ó de retirar inmediatamente las armas francesas del territorio mejicano, ó de arrostrar una guerra cuyos resultados serian por demás sensibles y trascendentales.

La actitud del Gobierno de los Estados-Unidos, bastó para que las armas francesas, vencidas más de una vez por las fuerzas de Juarez, abandonáran á Méjico, dejando en el mayor desamparo y en la situacion más crítica al infortunado Maximiliano, á quien se habian obligado á defender; y en la horrible anarquía de una guerra civil á un pueblo desventurado, á quien habian jurado librar de su triste situacion. Todo esto hizo Napoleon III, y á fé que en la historia contemporánea, difícilmente encontraremos una humillacion como la suya, ni jamás el pueblo francés se habrá sentido tan lastimado en el sentimiento de su dignidad y de su honra, como en los momentos presentes.

VI.

Pero como si las malas causas lleváran consigo siempre el castigo inmediato y expiatorio para que en él aprenda y estudie la humanidad, Napoleon III que ha sido siempre el monarca mimado de la fortuna, desde esta desgraciada espedicion de Méjico ha visto disminuir de dia en dia su influencia, su prestigio y su renombre.

El imperio francés, antes cubierto de majestad y de poder, ha tenido que dar satisfacciones á la opinion pública, y devorar en silencio las terribles y justas acusaciones de la oposicion en Francia, y la censura de la prensa de todos los países. Ni uno solo de todos sus proyectos ha podido llevar felizmente á cabo, y sus caras ilusiones se han convertido en amargas censuras y crueles desengaños. Soñó el emperador francés, como hace notar un gran político de nuestros dias, con un Congreso europeo para arreglar pacíficamente las graves cuestiones que escitan hace tres años la atencion de todos, y su proposicion fué recibida casi con burla por los principales Gabinetes de Europa; manifestó y hasta prometió de una manera solemne, que en la lucha entablada entre Prusia y Austria sería esta última vencedo-

ra, y el resultado fué precisamente todo lo contrario; mostróse siempre dispuesto á que la unidad germánica no llegára nunca á realizarse, y la unidad se ha realizado con Prusia á la cabeza; ha querido romper la alianza entre Prusia y Rusia, apelando á toda clase de medios, y esa alianza es cada dia más íntima y estrecha. ¿Qué más? Napoleon III ambicionaba la posesion de Luxemburgo, y no solamente no la ha alcanzado, sino que se ha visto desafiado por su rival, que en pié de guerra se preparaba imponente y amenazador á defender esa pequeña parte de su territorio.

Tales son las contrariedades y desengaños que ha sufrido Napoleon III desde su malhadada espedicion de Méjico. Cuando en ellos piense el César francés, cuando considere el juicio severo que la Europa ha formado sobre esta empresa, y el concepto que á los Estados de América merece hoy el poder y la grandeza de Francia; cuando, finalmente, reflexione sobre las grandes complicaciones por que atraviesa su imperio y en los inminentes peligros que le amagan por todas partes, no hay duda que la imágen y el recuerdo de los asuntos de Méjico, se presentará en su pensamiento como la causa fundamental de todos esos males, que si hasta hoy le han valido solamente la vergüenza y el desprestigio del mundo, pudieran más adelante ocasionarle otro género de desastres mucho más graves y trascendentales.

VII.

A Méjico en cambio se le presenta una nueva era, en la que ciertamente se pondrá término á las desgracias que por tanto tiempo y de una manera tan violenta lo han conmovido. Hasta aquí el espíritu reaccionario del clero, la oligarquía militar, la intransijencia y crueldad de los partidos, la ignorancia de las clases populares, el carácter díscolo y turbulento, la falta de tradiciones que estrechen los ánimos y los impulsen en una direccion determinada, todo esto ha mantenido á los Estados de Méjico en contínua agitacion, y en un estado de inmoralidad y corrupcion harto doloroso y lamentable.

Consecuencias de tan grandes males, eran la instabilidad y falta de respeto que allí se tenia al poder, á las autoridades, á las personas y á las cosas. De aquí nacia igualmente que la forma de gobierno variaba sin obedecer á otra ley que á la ambicion ó á la fuerza; los altos dignatarios de la República se sublevaban; los generales se vendian indistintamente á unos ó á otros partidos; el ejército carecia por completo de todo sentimiento noble y generoso, y Méjico en fin,—como dice un distinguido escritor de nuestros dias,—convertido unas veces en imperio, otras en República, obedeciendo algunas á la autoridad de varios jefes supremos, era la imágen fiel de aquellos condenados del Dante, que cruzan y vagan sin cesar en una atmósfera vertiginosa, sin encontrar tranquilidad, ni alivio, ni reposo.

Semejante situacion ha por fortuna, si no desaparecido por completo de la República mejicana, mejorádose al ménos considerablemente, y colocado en vías de una solucion inmediata, duradera y satisfactoria. Los elementos reaccionarios, que chocando con los liberales, han conmovido hasta aquí de una manera violenta la República, acaban de desaparecer para siempre; y los hombres y las ideas que han sido bastante poderosos para echar por tierra el imperio de Maximiliano, á pesar de la influencia de la nacion que le prestaba su apoyo, lo serán igualmente para salvar la independencia y ventura de su país, con una organizacion poderosa y fuerte; y esta sería entónces la última crísis, el último contratiempo de la azarosa historia del antiguo imperio de Motezuma.

Si por desgracia así no aconteciere, la suerte de Méjico á nadie puede ocultarse. La intervencion de los Estados-Unidos, y su proteccion durante los últimos sucesos, le ha librado de la opresora influencia del emperador francés, y le ha abierto, por consiguiente, el camino de su constitucion y de su prosperidad: pero si Méjico, insistiendo en sus intestinas luchas, no pone fin al estado anárquico y lamentable en que ha vivido desde su independencia de la antigua metrópoli; si los elementos teocrático y militar continúan sembrando por todas partes las intrigas, las discordias y las guerras, firmes en su loca creencia, de que es posible que la reaccion se sobreponga al espíritu liberal y tendencias democráticas de toda la América;

Méjico, tan digno de consideracion por su antigua grandeza como por sus recientes desgracias, pasará, á no dudarlo, á formar parte de esa gran potencia de los Estados-Unidos del Norte, y será el primer país de raza latina que caerá bajo la dominacion de la raza anglo-sajona.

Las consecuencias que de este acontecimiento pueden originarse para Europa, fácilmente se comprende que habrán de ser de la mayor importancia; y hé aquí, como en otro lugar hemos manifestado, lo que habia de grande y de previsor, pero tambien de impracticable, en la idea de Napoleon III al llevar á cabo la espedicion de Méjico. Por una ley histórica que no es fácil determinar, la raza anglo-sajona en América no ha podido traspasar ciertos límites, marcados por multitud de circunstancias. Si la anexion de Méjico se llevára á cabo, aquella raza poderosa é imponente romperia sus antiguos diques, y no contenta con las estensas comarcas de la República mejicana, marcharia quizá, fuerte con el éxito de su empresa, y animada por el crecimiento estraordinario de sus fuerzas, hasta el Estrecho de Panamá primero, y hasta el Cabo de Hornos más tarde, en pos de una dominacion que pudiera ser completa en todas las comarcas del Nuevo Mundo.

Hasta tal punto es delicada y trascendental la cuestion de la República de Méjico. De ella depende, no sólo la salvacion de la República, sino el alejamiento de otros sucesos que influirian poderosamente en los destinos ulteriores de Europa. Cuanto se haga, pues, en favor de la pronta y sólida reconstitucion de Méjico, redundará en bien de este país y en el de todos los del antiguo Continente, disminuyendo por tanto de una manera proporcional la influencia de la raza anglo-sajona: y ante tales temores, ante un peligro que por más que esté lejano, no por esto pierde ninguno de sus grandes é imponentes caractéres, los Gabinetes de Europa tienen el deber sagrado é imprescindible de ayudar por todos los medios á la completa reconstitucion de la República mejicana. Si no hacen esto; si llevados del sentimiento de la venganza, indigno siempre de las almas nobles, quisieran renovar las escenas sangrientas en aquella parte del Nuevo Mundo, ó por el contrario, se mostráran indiferentes y desdeñosos en la suerte que le pudiera caber, con lo cual, en vez de ayudar, entorpecerian la obra regeneradora, Méjico, no hay que dudarlo, desaparecerá como han desaparecido Tejas y San Francisco de California; pero con Méjico acabará tambien para el viejo Continente, la última esperanza de guiar y presidir el desenvolvimiento de los pueblos latinos en América.

CAPÍTULO IV.

Espedicion de Méjico.—Fuerzas que la componian.—Toma de Veracruz y de San Juan de Ulúa.—Reclamaciones que por tales actos hicieron al Gobierno español los Gabinetes de Inglaterra y Francia.—Actitud de los mejicanos.

I.

Las negociaciones entabladas entre los Gabinetes de Francia, Inglaterra y España, dieron por resultado, como hemos visto en los capítulos anteriores, la accion comun de las tres potencias en el territorio mejicano. El Gobierno español, que para llevar las cosas á tal estremo, no habia perdonado esfuerzo ni sacrificio alguno, y que por otra parte creia haber alcanzado uno de sus más gloriosos y brillantes triunfos, sin perder momento y sin esperar por tanto, á que se fijasen clara y definitivamente las condiciones con que debiera llevarse á cabo la espedicion, dió órden al capitan general de Cuba para que aprestase inmediatamente, una espedicion que se dirijiera á las aguas de Méjico. Allí debian reunírsele las fuerzas de Francia y de Inglaterra, para exijir de comun acuerdo al Gobierno mejicano, satisfacciones cumplidas por los agravios que á unas y á otras naciones habia inferido; y desde el momento en que el capitan general de Cuba recibió la órden apremiante de su Gobierno, se dedicó sin levantar mano á preparar la espedicion, quedando ésta en breve tiempo compuesta de fuerzas considerables de aquella isla (1).

(1) La escuadra que debia operar en Méjico y de cuyo mando se habia encargado el general Rubalcaba, se componia de 11 buques de guerra. Iban á bordo 5.000 hombres, 100 lanceros, 150 ingenieros con 60.000 sacos y útiles, escalas, etc.; 20 piezas de batir, 25 enfermeros y 25 obreros militares. Una y otra seccion llevaban uniformes sencillos y de muy buen gusto: los obreros tenian cada uno un cinturon de cuero, del cual pendia una cuerda